



Boletín de Antropología Universidad de
Antioquia

ISSN: 0120-2510

bolant@antares.udea.edu.co

Universidad de Antioquia
Colombia

Bolívar Rojas, Edgar

De la antropología indigenista a la antropología del desarraigo: Hernán Henao, diez años después

Boletín de Antropología Universidad de Antioquia, vol. 23, núm. 40, 2009, pp. 372-386

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55715428017>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

De la antropología indigenista a la antropología del desarraigo: Hernán Henao, diez años después

Como tributo a la huella intelectual de quien ha representado a una generación apasionada, cuyas trayectorias existenciales y profesionales en los mundos de la academia, la política, el arte y la cultura de la ciudad, la región y el país, se expresan en gran medida en la multifacética producción del ciudadano e investigador, científico y maestro sacrificado en el recinto de la Universidad de Antioquia, invito a un rápido recorrido por la obra del añorado amigo y colega. Estos breves trazos sobre algunas de sus publicaciones, son una insinuación a las generaciones más jóvenes que se inician en la antropología, y una evocación de la construcción de un discurso antropológico en un espacio regional —el Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia—, y en un tiempo de vorágine en el que tantas certezas se desvanecieron y tantas fronteras disciplinarias se hicieron porosas e inestables. La huella del trabajo de Hernán Henao es un elocuente testimonio de tales cambios. A continuación, una revisión no exhaustiva de algunos momentos de su abundante producción intelectual.

En primer lugar, la fase de trabajo que se ubica en torno al denominado en su época “problema indígena”. Corresponde a la postura de la antropología que desde la academia aplica las herramientas de investigación en marcos de análisis críticos inspirados en el marxismo y en una perspectiva tercermundista. El punto de vista a favor del indígena y de lo indígena toma diversos rumbos, que van desde el cuestionamiento a la antropología misionera y a las prácticas integracionistas, a juiciosas etnografías centradas en la cultura material, la organización social y las relaciones interétnicas. Es aquella senda de los años setenta, muy inspirada en la orientación de la “nueva antropología” mexicana, en la solidaridad efectiva con el auge de las organizaciones indígenas y sus reivindicaciones, y en la búsqueda de reconocimiento a su autonomía y a la especificidad de su diversidad sociocultural.

A este periodo corresponden trabajos que evidencian la obra del etnógrafo, del análisis etnológico y la perspectiva del antropólogo social seguidor del modelo lèvi-straussiano, enfoque teórico que se consolida en la academia desde mediados de la década del setenta. Rápidamente consideradas, esas primeras publicaciones se difunden en revistas del ámbito universitario, a saber:

“Indígenas, Estado y antropología en Colombia”. En: *Revista Quirama*, Vol. v N.º 2, Medellín, 1980, pp. 43-60.

Corresponde a un ciclo de conferencias preparatorias al II Congreso de Antropología en Colombia, organizado por el Departamento de Antropología, en el momento en el que Hernán Henao preside el Capítulo de Antioquia de la Sociedad Antropológica de Colombia. En ella se expresa la adopción de una postura que revela búsquedas más allá de la antropología “comprometida”, como se etiquetó esa proximidad con la causa indígena en cuanto tema y espacio de acción:

La etnología colombiana está por construirse. La analítica de nuestras sociedades, de sus procesos propios de organización y transformación, no se ha hecho. La comprensión de la diversidad indígena, de su riqueza sociocultural, de su importancia en la conformación de la formación social colombiana, es tarea por emprender [...] Ello ha impedido que se expliquen procesos, que se analicen sistemas, que se ubique al indígena en el espacio histórico-social de la sociedad colombiana (p. 48).

Una década antes del reconocimiento constitucional de 1991 declara que:

[...] nosotros, como antropólogos, consideramos multicultural nuestro país. La ‘integración nacional’ no tiene por qué hacerse sobre la base de la identidad, cuando es posible construirla a partir de la diversidad. En esta perspectiva, entendemos que se identifica una mirada respecto a la problemática indígena diferente a la de la antropología y diferente a la del Estado: es la del indígena mismo. El único problema es que unos y otros nos negamos a escuchar la voz del indígena, y de nada sirve que hagamos de ventrílocuos (p. 52).

A la condición de dialogar se impone entonces la de escuchar, reconocer otros relatos en primera persona, más allá de la perspectiva *emic*.

“¿Integración o autonomía? Una mirada al indigenismo en Colombia en los últimos 40 años”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Memorias del II Congreso de Antropología en Colombia, Medellín (1980), Vol. v, N.ºs 17-19, Tomo II, Medellín, 1983, pp. 555-587.

Esta contribución se presenta en el seno de la comunidad académica que empezaba a formarse a partir de la organización de Congresos de la disciplina, iniciados en Popayán (Universidad del Cauca, 1978) y en la actualidad diversificados según áreas y especializaciones internas y externas de la antropología. Coincide con una fase de reconceptualización y replanteamiento del denominado “objeto colonial”, y cabalga sobre el surgimiento de un discurso tercermundista ligado al auge de movimientos de visibilización y afirmación de pueblos y etnias. En ese contexto, en nada ajeno a la situación nacional de la época, se produce un balance que da cuenta de la transfor-

mación del espacio conceptual y de la ampliación y diversificación del objeto de la disciplina antropológica. En tal perspectiva, la crítica a los enfoques y políticas derivada de las teorías de la aculturación y del cambio cultural se vuelve un punto de partida que traza linderos con la antropología clásica norteamericana y británica, para dar cabida a la emergencia de asuntos como pueblos y etnias afrodescendientes en el debate sobre la formación de la nación:

Hablar de indigenismo en Colombia no es cosa nueva; pero hacerlo mirando la literatura producida por investigadores, misioneros, ideólogos del establecimiento, críticos del mismo, funcionarios de Estado y otros miembros de la, por unos, llamada “sociedad mayor” y por otros “sociedad nacional” resulta importante para ver la coherencia de posiciones, el decurso que ha tenido la concepción del “problema indígena” y de lo que en términos generales llamo “indigenismo”: su concepción teórica y la práctica que le acompaña (p. 555).

Es la época de auge y crisis del interesante modelo de las “estaciones antropológicas”, impulsado por el Instituto Colombiano de Antropología, y la puesta en marcha de una política de investigaciones que dinamizará el desarrollo de esta actividad desde las universidades, en un modelo de espacialización de la investigación hacia lo regional y un nuevo enfoque de las alteridades cercanas y lejanas:

La Antropología debe mirar sobre las sociedades de las cuales han salido los antropólogos y mirar además las sociedades metropolitanas, los países colonizadores, las clases dominantes. Y además, debe girar sus ojos hasta ver la acción y la idea de quienes agencian desde el punto de vista del yo (identificado con las clases explotadas, dominadas, oprimidas en general, asumiendo de hecho el puesto de subvertor del orden establecido, o de crítico radical del mismo) una nueva mirada sobre el otro, el indígena” (p. 572).

Y así emergen soluciones inéditas para el agitado mundo académico de comienzos de la década:

Pero, incluso, el antropólogo podría quedarse observando y analizando la problemática indígena desde un ángulo diferente y distante de la “lucha cotidiana y gris”, sumido quizás en la tarea de buscar los mecanismos inconscientes que hacen que grupos humanos se den a la dura brega de luchar por sus derechos, oponerse a un estado de cosas, organizarse y pensar. ¿Acaso en la comprensión de los contenidos subyacentes de los discursos no se da también una experimentación científica y política sobre lo ideológico? (p. 583).

“Los indígenas emberá-katío de Cristianía (Antioquia). Anotaciones sobre su origen y organización social”. Medellín, 1982. Mecanografiado (sin editar). 14 p. Contiene referencias bibliográficas y notas

Se trata de un informe de visita en el que se consideran diversos aspectos, como la definición del grupo; el poblamiento de Cristianía; la organización política y las

relaciones de parentesco. Respecto a la denominación genérica de las familias de la zona recomienda que: “el gentilicio debe recoger las nociones lingüísticas que refieren al conjunto de los individuos que se identifican a sí mismos como hombres habitantes de su propia tierra, por ello conviene optar la denominación embera-katío, para referirse al grupo que hoy en día habita el resguardo de Cristianía” (p. 2).

En cuanto al poblamiento, y a partir de la asignación de tierras al resguardo por el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, antecedente institucional del Incoder, Instituto Colombiano de Desarrollo Rural, Incora, en 1982, plantea inquietudes sobre el impacto en las leyes de herencia bilineales, pues “las nuevas pautas, anuncian experimentos de organización del trabajo y distribución de los productos de pancoger y comercializables. Todos los demás efectos sobre la vida social, política y cultural del grupo, están por verse” (p.4).

Entre los cambios percibidos subraya los relacionados con la organización social y llama la atención sobre una forma de autoridad tradicional, que recae en los curanderos tradicionales o Jaibanás, de quienes anota:

[...] ven deteriorado su poder por sacerdotes y médicos, a quienes se han sometido, reconociendo la relativa eficacia de su trabajo. No obstante, es más el rechazo de los jóvenes y adultos de mediana edad a una sabiduría tradicional que no recogen, que la pérdida de eficiencia de un tratamiento de jaibaná, que tiene un doble fin: aliviar física y psíquicamente. El jaibaná es ‘curer’ y ‘healer’ al mismo tiempo (p. 6).

Anota la falta de información antropológica sobre el sistema de parentesco y analiza los resultados de la aplicación de una ficha de parentesco a más de 200 individuos. Respecto a la desaparición de varios apellidos del grupo original de beneficiarios por la donación de tierras, plantea tres hipótesis: “1. Con la transmisión de tierras por herencias, algunas familias no dejaron herederos patrilineales, 2. La expulsión, por cualquier causa, promovida por colonos blancos, alejó esas familias y 3. Los bautizos ‘cristianos’ borraron para siempre esos apellidos” (p. 8). Para concluir con optimismo que “en las condiciones de pobreza en que viven los indígenas, también las reglas de parentesco, que garantizarían armonía con la naturaleza y fraternidad entre ellos, se ven en peligro. Con ello peligró la comunidad. Quizás en 1982 empiece otra vida” (p.10).

“Relatos Kamsá”. En: *Boletín de Antropología, Universidad de Antioquia*, Vol. 6, N.º 20, Medellín, 1986, pp. 81-86.

Oralituras, oralidades y literaterras, son maneras de acotar el universo intangible de las narraciones y su importancia en el sistema de representaciones y regulaciones que median las interacciones sociales y el manejo del mundo natural. Hernán Henao recupera la información consignada en cintas y notas del diario etnográfico, correspondientes a diversas temporadas de campo entre 1973 y 1975, periodo en

el cual estuvo vinculado como docente e investigador en la Universidad de Nariño. En este artículo analiza tres relatos Kamsá, que entreveran cosmovisión indígena con la influencia sincrética del mundo occidental. Pero, más allá de la mera intención del “rescate”, el autor se enfoca en el campo de la “recuperación de la memoria cultural”, una tendencia que encontró terreno nutricional en la academia a partir de la década del ochenta, en consonancia con la adopción de políticas generadas en el famoso referente conceptual de Mundiact (Unesco, México, 1982), al cargar de contenido antropológico el concepto de cultura. El ICAN, por una parte, el Icfes, por otra, fomentarán el afianzamiento de la investigación regional, línea que en la Universidad de Antioquia dará origen a una alianza que, a través del FAES, desembocará en la creación del INER, memorable proceso liderado y fortalecido por Hernán hasta el último día de su existencia. Este artículo ejemplifica esta refrescante y fructífera corriente.

“Región y cultura. Reflexiones antropológicas alrededor de un proyecto de investigación en marcha”. En: *Boletín de Antropología, Universidad de Antioquia*, Vol. 6, N.º 20, Medellín, 1986, pp. 87-100.

Este artículo corresponde a una ponencia presentada en el Simposio “Los Estudios Históricos Locales Regionales en América Latina” en el marco del 45º Congreso Internacional de Americanistas, realizado en Bogotá en el año de 1985. Como en el artículo precedente, reflexiona sobre los primeros logros de esta corriente de estudios regionales y específicamente sobre el proyecto “Cultura Regional en el Oriente Antioqueño”, en las coordenadas de “perfiles de la nacionalidad” y de “síntesis comparativas de las identidades regionales”, desarrollado en el seno de un seminario permanente de carácter interdisciplinario. La resignificación conceptual involucra los conceptos de espacio, tiempo y cultura, transmutados en territorio, región cultural, imágenes culturales, larga duración, diversidad y memorias.

“La artesanía indígena en las selvas del Vaupés (1973), (Con Pedro Cortés Lombana). En: *Boletín de Antropología, Universidad de Antioquia*, Vol. 6, N.º 21, 1987, Medellín, pp. 101-124.

Originalmente este artículo corresponde a un informe de investigación titulado “La artesanía indígena en las condiciones socioeconómicas del Vaupés”, realizado por encargo de Artesanías de Colombia. En el ciclo de conferencias y muestra etnográfica “Vida y Cultura de la Amazonia Colombiana” (organizado por el Departamento de Antropología en asocio con la Cámara de Comercio de Medellín en una alianza que perduró por cerca de cinco años) se le dio una difusión en folleto al texto y a la perspectiva etnológica que encierra:

A medida que pasan los años y que el indígena de estas tierras se articula a la vida nacional, va perdiendo la capacidad artesana de la que ha hecho gala por centenares de años. Pero

su trabajo manual, complementario, nunca fue la razón de vivir, ni siquiera en las épocas de bonanza del comercio de esos productos que viajaban por el mundo, con la carta de presentación en que rezaba: ‘hecho por salvajes antropófagos de las selvas amazónicas’.

La cultura material indígena amazónica es rica, tal vez menos por su variación que por el alto contenido simbólico que ha encerrado siempre. Comienza con la cestería, la cerámica, las maderas y los tejidos y termina en la arquitectura, la decoración corporal y las alucinaciones gráficas resultantes del yagé (p. 101).

“Familia e identidad”. En: *Memorias Seminario Familia y Cambio en Colombia. Las transformaciones de fines del siglo xx*. Asociación de Antropólogos Egresados de la Universidad de Antioquia, Medellín, 1989, pp. 29-36.

Este campo temático es central en el trabajo de investigación, consultoría y docencia de Hernán Henao, siguiendo la senda pionera de Virginia Gutiérrez de Pineda. Esta alianza intelectual animará diversas líneas de investigación, docencia de pregrado y posgrado, en un acercamiento interdisciplinario a intervenciones y políticas institucionales y a la indagación de procesos de construcción de imágenes culturales de género, de región, o a las prácticas de socialización, poder e identidad:

Nos importa abordar la dimensión masculina y femenina de los objetos, las imágenes y en general lo que es el conjunto de representaciones con las cuales la especie humana se ha establecido en la tierra. Para un redescubrimiento de la cultura, es necesario internarse en el discurso femenino de igual modo que en el masculino. [...] En la medida en que la construcción de identidad es la resultante de versiones masculinas y femeninas sobre el ser, es hora de valorar plenamente la diferencia, de captar las actitudes, las valoraciones, las creencias, de Ella y de Él (p. 35).

“La familia de hoy en Antioquia. Sus perspectivas para el año 2000”. En: *Memorias Simposio Perspectiva de la Familia hacia el año 2000*. Comfama, Medellín, 1989, pp. 27-39.

Este trabajo expresa, bajo la imagen de “mosaico regional y familiar” los nuevos hechos y las nuevas formas que asume la familia en la dinámica de transformación de las relaciones con el cuerpo, los roles de paternidad y maternidad, la sexualidad, los géneros y las rupturas generacionales en clave de diversidad.

“La otra mirada. Antropología e interdisciplinariedad. Reflexiones sobre la investigación y la enseñanza”. En: *Memorias del v Congreso Nacional de Antropología*. Patronato Colombiano de Artes y Ciencias. Bogotá, 1990.

Esta ponencia es de gran valor por el análisis de fases y orientaciones de la antropología, en un intento por identificar trayectorias, problemas, vacíos y retos de la disciplina, en el espacio ceremonial de la “tribu académica”, el v Congreso Nacional.

Crece la producción como crece el número de egresados y se consolidan nuevos campos y áreas de ejercicio profesional, redefiniendo la articulación de la disciplina con políticas de estado y la renovación del ejercicio de la enseñanza universitaria de pre y posgrado. Afirma que “[...] el antropólogo tiene la otra mirada. Su obligación está en ser suficientemente creador para hacer una mezcla de laboratorio que produzca una sustancia nueva: la otra explicación” (p. 54).

“Observar de nuevo. La investigación cultural en contextos locales y regionales”. En: *Memorias del Simposio Diferencias regionales, respuestas institucionales y descentralización*. v Congreso Nacional de Antropología, Villa de Leyva, octubre de 1989. ICFES-ICAN, Bogotá, 1990, pp. 25-50.

La ponencia recoge elementos centrales de la reflexión generada a lo largo de tres años por parte del equipo interdisciplinario que da origen al Instituto de Estudios Regionales INER, sobre la región suroriental del departamento de Antioquia. Los aspectos sobre los cuales hace énfasis tienen que ver con las territorialidades culturales, los conjuntos veredales, las tipologías locales (asentamiento, aldea, pueblo, ciudad intermedia), la región objeto y la región sujeto, los equívocos con la noción de comunidad, las concepciones sobre la participación, las fronteras histórico culturales, las imágenes y los escenarios de futuro con proyectos culturales. Se anexan mapas mentales de las localidades de Marinilla y Rionegro, y breves descripciones de doce localidades tipologizadas (Puerto Triunfo, San Vicente, Alejandría, Granada, Sonsón, San Roque, San Carlos, San Rafael, Guatapé, El Peñol, Marinilla y Rionegro).

El ejercer la Antropología interdisciplinariamente obliga a precisar lo que nos hace necesarios en la comprensión de un fenómeno social. Cuando afirmamos que es la cultura lo que interesa, se acercan profesionales de saberes hermanos a demostrarnos que ese objeto general no es de propiedad exclusiva. Tampoco lo es el inconsciente colectivo, ni mucho menos la estructura (o la organización) social. Nos quedan dos cosas: la otra mirada y la capacidad para observar de nuevo (p. 39).

“Territorios e instituciones de la cultura. En torno a los procesos culturales regionales”. En: *Imágenes y reflexiones de la cultura en Colombia*, Colcultura, Bogotá, 1991, pp. 180-197. Ponencia presentada al Foro Nacional para-con-por-sobre-de Cultura, Colcultura, Bogotá, julio de 1990.

Este trabajo es producido en un momento clímax de la vida profesional y de un intenso despliegue de su sincero y profundo compromiso con el pensamiento y con la acción. Es memorable su contribución al Foro Nacional, con su poliédrica denominación, inscrito en el ambiente de debate de la Asamblea Nacional Constituyente que gestaría la nueva carta constitucional y su importante contenido tanto en el tema de derechos colectivos como en el reconocimiento de la multiculturalidad, la pluriétnicidad y el

carácter fundacional de la cultura en la conformación de la Nación. En estos asuntos el antropólogo Hernán Henao ocupó un lugar destacado por su reconocido brillo intelectual y la vehemencia de sus convicciones.

A partir de las nociones de territorios e instituciones de la cultura vamos a acercarnos a las prácticas y percepciones culturales que desarrollan individuos y colectivos. Por territorio entendemos el espacio significado en donde se realizan prácticas privadas y públicas; el espacio en el cual se afina la identidad y se percibe la diversidad frente a lo otro; el espacio que se construye en la cotidianidad aunque algunas veces los ritmos varíen por la presencia de eventos especiales (fiestas, catástrofes, conmemoraciones, etc.). Al hablar de institución hacemos referencia a las formas organizadas de la vida social que atienden a códigos asumidos por grupos de individuos, comunidades o sociedades enteras; a los enjambres de usos sociales que alcanzan altos grados de regularidad; a los patrones de conducta durables, complejos e integrados, con los cuales se ejerce control social y a través de los cuales se puede atender deseos o necesidades físicas. Los actores sociales son agentes de la cultura, si entendemos que ésta es el producto de creencias, valores, actitudes y comportamientos que tienen lugar en un espacio determinado; y se canaliza a través de instituciones en las que es posible reconocer su presencia (p. 180-181).

Desde la pedagogía de los términos básicos, hasta la intrincada correlación de factores, discursos, procesos e interpretaciones, el análisis contenido en este artículo es verdaderamente magistral. Anuncia también, su transición hacia los temas del desarraigo generados por la expulsión, la intolerancia y la violencia de la década del noventa, en una mirada que enriquece las dimensiones conceptuales del campo de los estudios regionales desde la perspectiva de la cultura:

En la medida en que el Estado está ausente, es el poblador mismo quien diseña las reglas de convivencia y los sistemas de control social. En el reto por sobrevivir, las reglas del juego frente a la naturaleza y entre los miembros del grupo surgen de allí mismo [y] la tarea para el investigador y para quien ejecuta planes y programas es entender primero el funcionamiento de estas microsociedades. Lo importante, también, es aceptar que en todas las zonas de colonización que le quedan al país, incluyendo en especial las del territorio andino –el presuntamente poblado en un todo–, los territorios que presentan un comportamiento similar son muchos más de los estadísticamente contemplados, y en alguna medida son los espacios en donde las guerrillas, las autodefensas y el paramilitarismo se han protegido, en el periodo reciente de violencia en el país (p. 182).

Una amplia y renovada fundamentación conceptual se hace explícita en la argumentación sobre la necesidad y la importancia del estudio de las localidades, enriqueciendo las múltiples categorías socioespaciales desde el mundo de los significados y las prácticas sociales en torno a la cultura: asentamiento, aldea, pueblo, pero también vereda, corregimiento, barrio o ciudad, comenzarán a ser lugares antropológicos de alta densidad y contenido simbólico, fuente de tipologías sociales complejas, muy lejos de las simplificaciones y dicotomías de lo rural-urbano, o de estereotipos arraigados en discursos de planificación de corte tecnocrático. Esta rápida revisión in memoriam no puede ser más que una provocación a su relectura:

La existencia de más de mil localidades en Colombia hace homenaje al pueblo como unidad espacial por excelencia en todo el territorio. E incluso cabe la hipótesis de que nuestras formaciones culturales apuntan más claramente a modos de vida pueblerinos que ciudadanos. Vemos al pueblo como la bisagra que une lo rural con lo urbano, o como el umbral a lo ciudadano, en donde todavía perviven prácticas propias de la vida en el campo y concepciones del mundo que tienen niveles muy directos de relación entre la naturaleza y el ser humano, al punto en que no existe, por ejemplo, noción de juventud que le permita a quienes cruzan esta etapa escenificar las comedias y tragedias propias de su edad; pero en donde además se presenta, bajo formas dispares y fragmentarias, lo propio de la vida ciudadana: tiempos cortos, ritmos veloces, roles individuales múltiples en los mundos privado y público, cruce interminable de relaciones, adscripción a innumerables grupos; mediaciones cada vez más exigentes entre la naturaleza y el ser humano para realizar prácticas de supervivencia, que abren el boquete conflictivo al desempleo y el subempleo (o el disfraz para el no trabajo); y, en fin, representaciones del mundo que sacrifican el ayer por el hoy y la esperanza por la urgencia de sobrevivir (p. 186).

Así se va adentrando en espacios culturales mucho más intrincados y retadores en la dificultad de juntar y analizar tanto lo que en ellos converge, como de hallar dispositivos de la convivencia y la vida civilizada: la ciudad, la metrópoli, y Medellín en particular, como escenario próximo y laboratorio de reflexión sobre sus múltiples violencias, un tema en el cual integró un movimiento de destacados estudiosos de este fenómeno, tras la búsqueda de interpretaciones y alternativas desde la cultura. Así fue reconocido uno de los énfasis de este esfuerzo intelectual que conformó interesantes redes nacionales de trabajo académico y una importante producción bibliográfica: la llamada “cultura de la violencia” es un capítulo central de esta historia intelectual entreverada con las historias de país y de ciudad que constituyen la trama y la urdimbre de una existencia individual entretejida en los hilos de estructuras y acontecimientos colectivos, como fue su participación, a través del grupo de estudios sobre la violencia, en la convocatoria ciudadana de 1988, tras la construcción de un modelo de ciudad y de vida ciudadana que superara, desde el ejercicio de la ciudad vivida, la ciudad deseada y la ciudad posible, las contradicciones, las exclusiones y el horizonte tanático hacia el cual se precipitaban la ciudad, la región y la nación. Es el tiempo del no-futuro:

Medellín es un enjambre de microculturas producto de procesos migratorios sucesivos y de la reconstitución cultural obligada a los medellinenses de nacimiento. [...] también nos hemos atrevido a señalar que la ciudad es un conglomerado de culturas pueblerinas, con colonias enclavadas en todo el Valle [de Aburrá] que replican los usos, costumbres e incluso los valores y las creencias de sus aldeas o pueblos de origen. [...] El poblador de la ciudad es, o se presume que lo sea, el ciudadano. En un abreviado ejercicio colectivo se han planteado siete principios generales que deberán guiar la vida del ciudadano: 1. Respetar la vida del otro como fundamento de la ciudadanía. 2. Tolerar la forma de vivir y de pensar de los demás. 3. Entender el ejercicio democrático como la aceptación de la existencia de múltiples opciones políticas. 4. Respetar las diferencias políticas, étnicas, de religión y de sexo. 5. Crear nuevos espacios de participación ciudadana. 6. Buscar un

pacto social que regule eficazmente las relaciones de los ciudadanos entre sí y de estos con el Estado. 7. Concertar los intereses individuales con los colectivos (p. 188).

Ante este panorama surge la confianza en el fortalecimiento y legitimidad de las instituciones primarias y secundarias, y en un profundo proceso de comprensión y resignificación de los vínculos de la familia y la escuela, del vecindario y la iglesia, de lo doméstico y lo público, del consumo y la creación cultural.

“El Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia: veinticinco años de pasos”. En: *Boletín de Antropología, Universidad de Antioquia*, Medellín. Vol. 8, N.º 24, 1994, pp. 11-19.

Evocando una clásica y preferida obra (Arnold Van Gennep, *Los ritos de paso*, 1909), Hernán Henao traza metafóricamente la historia del departamento, historia que coincide con su permanencia en la Universidad de Antioquia: “Al volver los ojos al ejercicio de la antropología en la Universidad de Antioquia, podría hablarse de una larga historia de pasos, los cuales le han ido permitiendo a la disciplina residenciarse en estas tierras. [...] El propósito de estas notas es enfatizar los pasos, dejando para otro momento la presentación de las situaciones de rito” (p. 12).

Afirma que los veinticinco años de la historia del departamento permitieron “que una disciplina relativamente esotérica pudiera abrirse camino en un medio reconocidamente pragmático” (p. 13), trayectoria que califica como un balance positivo. Relaciona los cambios del programa con el paso del énfasis en la docencia, luego a la docencia y la investigación y, finalmente hacia la investigación. Ahí está el tributo a Van Gennep y la explicitación de la estructura de esa historia, nuevamente entrelazada en un relato que va de la primera persona a los hechos colectivos. Reconoce que “la inquietud actual de profesores y estudiantes es aproximarse con teorías, métodos y técnicas actuales, a los retos del presente y el futuro, en una sociedad pluricultural, donde la identidad y la diferencia forcejean permanentemente con los patrones aculturadores que desbordan naciones y etnias”, y concluye que, con respecto a los procesos académicos ligados a la extensión y la interdisciplinariedad, existe una línea de actuación inquebrantable:

El punto neurálgico de la intervención antropológica en otros espacios de conocimiento, es invitar a darle otra mirada a los procesos en los que debe inscribirse una práctica social específica. [...] hacer antropología en la cátedra para otras disciplinas y profesiones (y ejercer la interdisciplinariedad con ella), es invitar a mirar con otros ojos su objeto de trabajo, el conocimiento que se obtiene y la práctica que se realiza. Más aún: la antropología, en su relación con otras disciplinas, debe adoptar una postura política: legitimar la existencia del otro, defender el derecho a la diferencia, y conquistar el espacio para la duda (p. 14).

Este artículo, de enorme valor y significado en su forma y contenido, se constituye en un referente necesario para cualquier ejercicio sobre la memoria de la profesión antropológica en Colombia.

“Virginia Gutiérrez de Pineda: una vida y una obra para la ciencia social”.
Presentación a la primera edición de: *Familia y Cultura en Colombia*. Uni-
versidad de Antioquia, Medellín, junio de 1994.

En tiempo de homenajes y memorias, otro hito y contribución es la publicación, en redición, de la obra clásica de esta formidable mujer, maestra e investigadora de la antropología colombiana. Nadie mejor que la Universidad de Antioquia y, de ella, nadie mejor que Hernán Henao, quien podría haber prologado esta importante obra, cuya última edición se había dado en 1975, a cargo de Colcultura. En esta presentación traza la biografía intelectual de Virginia, una historia de la antropología colombiana, inevitablemente ligada a la de su esposo, el antropólogo Roberto Pineda Giraldo. Es significativo el momento de la pareja en la Universidad de California, en Berkeley, donde Hernán realizaría posteriormente sus estudios de maestría, recogiendo herencias intelectuales y enriqueciendo la vida con el excitante contexto académico de tan prestigiosa universidad y vibrando con la alucinada California de fines de los años setenta. Por ello mismo este artículo está lleno de guiños e historias profundamente entrelazadas, pero también de una juiciosa advertencia sobre las transformaciones de la escena, roles y significados de la familia en Colombia:

Este libro sugiere también a las nuevas generaciones de investigadores sociales caminos para abordar el trabajo en zonas de frontera cultural, que en el país representan tanto los nuevos territorios que se han incorporado a la economía y la política –Urabá, Magdalena Medio, Orinoquia, Amazonia, Pacífico– como los centros urbanos, en donde las tipologías se entrecruzan para producir el resultado polimórfico antes enunciado [...] Pensando en la necesidad de responder a las variaciones que se han presentado en la configuración de la nación después del decenio del sesenta, se constituyeron varios grupos de trabajo en el país que comenzaron a dar respuestas de diverso tipo al respecto. Uno de esos grupos se instaló en la Universidad de Antioquia, y con el apoyo de la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales -Faes- realizó varios trabajos sobre la región oriental antioqueña; allí se ubica uno de los grupos de investigación que gestó el Instituto de Estudios Regionales -INER- de la Universidad de Antioquia (p. xxii).

Estudios de localidades. (Con Lucelly Villegas). Programa de Especialización en Teoría, Métodos y Técnicas de Investigación Social. INER-Icfes, Bogotá, 1997, pp. 297.

Este libro también refleja la madurez intelectual de Hernán Henao, esta vez en la faceta del metodólogo que vuelca su experiencia y su conocimiento a los procesos de formación de las nuevas generaciones, en un enfoque de interdisciplinariedad muy fructífero. Es el tiempo de la semipresencialidad y la formación a distancia, es el tiempo de la comunicación electrónica y de la formación de comunidades virtuales, pero también de nuevos focos de interés investigativo:

En su trabajo investigativo, los antropólogos se han ocupado de estudiar sociedades pequeñas. Desde la década de los años setenta, su objeto de interés se ha orientado a los grupos étnicos, especialmente las comunidades indígenas tradicionales; durante la década de los años ochenta incursionaron en aspectos relacionados con la cultura urbana y los procesos de modernización, y recientemente su interés se ha centrado en el estudio de los grupos pequeños en condiciones complejas. Lo que se busca con el estudio de territorios menores es evitar las conceptualizaciones abstractas, las tipologías rígidas y las clasificaciones generales que poco aportan al conocimiento de nuestra realidad (p. 13).

Estudios de localidades, como línea investigativa y como enfoque metodológico, es sin duda uno de los legados más perdurables de toda esa trayectoria en los estudios regionales y de todo el énfasis en el reconocimiento de la mirada de las particularidades y singularidades de la vida social en la escala de la región y de la localidad.

“De actores y territorios. Una propuesta sobre la participación en la vida regional y local.” En: *Memorias del Simposio Diferencias regionales, respuestas institucionales y descentralización*. v Congreso Nacional de Antropología, Villa de Leyva, octubre de 1989. Icfes-ICAN, Bogotá, 1989, pp. 51-60.

Esta ponencia discute a fondo el concepto de ‘Comunidad’, en una magistral perspectiva crítica que pone en evidencia

[...] el contrasentido de su utilización para entender regiones y localidades que como las nuestras están compuestas de múltiples y diversas fuerzas sociales, con intereses contradictorios, en conflicto abierto, y que, por lo tanto, difícilmente se pueden convocar y unir en torno a unos intereses y objetivos comunes. Se trata, por tanto, de develar el proyecto político homogenizante que subyace en la perspectiva de la construcción de comunidad como identidad de intereses (p. 51).

El autor hace una minuciosa labor de deconstrucción del concepto para generar alternativas de análisis y de pensamiento afines a la diversidad, la heterogeneidad y el conflicto propios de la sociedad colombiana. El “desnudamiento” del concepto tiene una solución en la exploración creativa de los conceptos de territorialidad y localidad, resemantizados en el acumulado investigativo de los estudios regionales y como soporte de dinámicas de participación social:

En tanto que exista y se reconozca un interlocutor (alguien que no es como yo y que precisamente por no ser como yo, por ser diferente a mí, puede intercambiar), en el reconocimiento de su propia diferencia es donde está la posibilidad de la participación [...] De esta forma la idea de participación comunitaria tiene un equívoco intrínseco, la participación sólo es posible sobre el reconocimiento de la diferencia. La participación no se logra sobre la base de homogenizar sino del reconocimiento y respeto por múltiples formas de pensar [...] Se ha ido cualificando como idea matriz de la participación social aquella que la refiere como una filosofía vivencial mucho más allá de la simple

definición como medio, instrumento o estrategia política o económica. Participación es el rompimiento de la relación vertical de dependencia y sumisión en todos los aspectos de la vida; es decir, la transformación de la relación tradicional sujeto-objeto, por una relación horizontal sujeto-sujeto (p. 59).

“Religiosidad y drogadicción: textos para armar un sentido”. En: Ferro Medina, Germán (comp.). *Religión y Etnicidad en América Latina*. Memorias del VI Congreso Latinoamericano de Religión y Etnicidad ALER, y II Encuentro de la diversidad del hecho religioso en Colombia ICER, Instituto Colombiano de Antropología, Tomo III, Bogotá, 1997.

Este artículo fue ponencia en el evento realizado en junio de 1996, leída en las sesiones que en libro aparecen agrupadas bajo el título “Estados Alterados de Conciencia”. Afirmo el interés en “lanzar hipótesis de trabajo sobre los mundos vividos y las trascendencias concebidas por personas inmersas en el mundo de la drogadicción, originadas en el ejercicio investigativo de su cátedra de Antropología en el posgrado en Farmacodependencia de la Universidad Luis Amigó entre 1993 y 1996. Es un ejercicio de análisis y escritura que recompone las fases o pasos de los viajes alucinatorios y los viajes místicos, en la línea de reconstruir momentos de sentido de ambas experiencias. Ante todo establece una postura conceptual y ética sobre el sujeto de investigación:

El drogadicto es un individuo que vive su estado en algún tipo de relación con lo trascendental. Es un ser en falta que encuentra en la droga la complementación o la plenitud. No sabe exactamente qué lo indujo al consumo de psicoactivos, y por ello mismo no le resulta fácil dejarlos. Elabora discursos, cuando se le obliga a hacerlo, en los cuales quien se ubica afuera (el terapeuta, el investigador) puede detectar algunas claves explicatorias, pero él no las identifica y convalida. El drogadicto puede hacer la historia de vida con actitud inercial frente a su estado, sin asumir la posibilidad de cambio. Sólo agentes externos pueden impulsarlo a encontrar en esas claves explicatorias la razón del camino andado y pueden además enseñarle otros caminos (p. 13).

Luego da curso a una interesante estructura narrativa en diversos subcapítulos, con base en testimonios, obtenidos principalmente con entrevistados masculinos. En ellos aborda fases como “La Atracción o la Entrada”, “La Historia del Sí Mismo como Contexto”, “La Búsqueda de Comunicación”, “Una Digresión Ética y Metodológica”, “La Comunicación con Dios”, “La Salida Mística”. En cada uno sugiere alternativas metodológicas y conceptuales para un abordaje humanizado de la drogadicción:

En resumen, se trata de reconstruir la historiografía y la etnografía del mundo del adicto. Las lecturas que pueden hacerse son múltiples, la que se hace acá es antropológica, y no juzga al adicto, privilegia entenderlo como producto cultural de una época determinada:

pero con un ejercicio como éste se amplía también el espectro analítico con que puede contar el médico, el psicólogo, el psiquiatra, el trabajador social, en fin, el terapeuta, a quienes compete la actividad preventiva y curativa (p. 17).

“Un hombre en casa, la imagen del padre hoy. Papeles y valores que destacan 400 encuestados en Medellín”. En: *Revista Nómadas*, Universidad Central, Bogotá, marzo de 1997, N.º 6, pp. 115-124.

En este trabajo Hernán Henao se refiere a la investigación sobre la imagen del hombre en Medellín y Antioquia, en contraste con la descrita y analizada por Virginia Gutiérrez de Pineda treinta años atrás. En gran medida alude a una proyección de su propia veneración por la vida de familia, por el apego al hogar, actitud que constata replicada en todos los ámbitos sociales de la metrópoli:

El varón-padre de antes era una figura cuyos papeles se determinaban por su vida fuera del ámbito hogareño. Al varón-padre de hoy se demanda entrar a la casa y habitarla. Esto conlleva cambios en los roles y valoraciones de género, una condición sociocultural del ser humano contemporáneo que tomó fuerza después de los años 60 con los movimientos feministas, y que para los años 90 amplía el espectro al integrar al hombre en la problemática de su género (p. 115).

Esta escena es quizás el filón desde el cual el antropólogo capta y vivencia las profundas transformaciones culturales acumuladas en menos de una generación, con la ruptura de paradigmas y estereotipos, y la emergencia de perspectivas como las del género. Claro está, no se trata solamente del tema del género; también la sexualidad, el mundo del trabajo, la tecnología, las manifestaciones artísticas, las prácticas del ocio, el consumo. En este caso, en el universo más inmediato, el antropólogo no solamente registra y transcribe; también anticipa la adopción de cambios deseables en aras de la equidad y del enriquecimiento de los roles en la vida cotidiana:

El padre que se pide hoy es más humano, más de “lavar y planchar” como lo menciona el dicho que resalta una rutina casera. A este padre se le pide asumir su dimensión de género, para que reconociéndose en su doble dimensión masculina y femenina pueda penetrar en mundos que antes no había vivido y redimensione los mundos siempre vividos [...] Los datos que registramos indican un llamado a andar el camino de espacios y tiempos que se le han asignado a la feminidad. La función femenina –si esos roles y valores adscritos tienen tal connotación– del varón, debe estar presente en la crianza y en la vida del hogar, en las actividades cotidianas y en las trascendentales. Nada puede suceder en casa sin que esté presente el toque femenino, y éste puede aportarlo también el hombre (p. 122).

Por una vida más rica, más plena, en beneficio de las generaciones nacientes, un deseo manifiesto de celebración de la vida sobre la muerte.

“Los desplazados: los nuevos nómadas.” En: *Revista Nómadas*, N.º 10, Departamento de Investigaciones, Universidad Central, abril de 1999, Bogotá, pp. 63-76.

Se cierra el círculo, a través de un título paradójico que encierra tantas encrucijadas de la sociedad contemporánea. Por una parte, en la academia se demanda la necesidad de disciplinas nómadas desaferradas de sus objetos, sus lenguajes canónicos y sus métodos tradicionales. Por otra, la desmaterialización del espacio crea nuevas formas de estar presente, mediante una cierta ubicuidad virtual, pero también la realidad de unos segmentos de humanidad que van de hotel en hotel, reunión tras evento, conferencia tras celebración, en una acumulación de desplazamientos que, como lo describe Ulf Hannerz, configura un nuevo modo de ser cosmopolita.

No obstante, hay otra cara de esa realidad, la de los desplazamientos forzados, la de la migración interna por presión, la del abandono de la localidad y el territorio, porque su vida, integridad física o libertad han sido vulneradas o se encuentran amenazadas. No se le concede el mismo estatuto de la persona *refugiada*. Son esos miles o millones, no se sabe con certeza, de habitantes sin habitación, campesinos sin campo, pobladores sin pueblo, a los que Hernán Henao dedicó quizás el último de sus artículos publicados, con una amarga convicción, la de que “por desastroso que parezca, en un país que parece estar condenado a vivir entre catástrofes naturales y siniestros sociales, el desplazado en Colombia de esta fase de la violencia no parece tener otro rostro que el del desarraigado”.

Si, como la definió alguien en los años ochenta, la antropología es el estudio de un mundo en crisis por un hombre en crisis, a nadie mejor que a Hernán Henao le cabe con mayor plenitud y significado este enunciado. Este respetuoso y emocionado homenaje, proveniente de un cercano colega y amigo, quiere que así sea comprendido.

Edgar Bolívar Rojas
Profesor
Noviembre de 2009.